

Lingüística y psicoanálisis

*Verónica Alvarado**

ESTE LIBRO PRESENTA LA TRADUCCIÓN al español de la obra *Linguistique et Psychanalyse: Freud, Saussure, Hjelmslev, Lacan et les autres*, publicada en París en 1987. Es resultado de la propuesta que Luisa Ruiz Moreno hiciera al propio Michel Arrivé, quien ha impartido cursos como maestro invitado para la Cátedra Greimas en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

La traducción corrió a cargo de Silvia Ruiz Moreno; la revisión final fue hecha por Luisa Ruiz Moreno y Andrea Silva.

El propósito del libro es tratar de establecer las ligas y diferencias entre aquello que estudian los lingüistas y aquello que estudian los psicoanalistas. Arrivé es lingüista y su interés por esta relación lo ha llevado a realizar una búsqueda exhaustiva (que en momentos se antoja apasionada) por distintos textos de Saussure, Freud, Lacan, Hjelmslev y Benveniste, entre otros.

El texto está organizado en dos partes: 1) en torno al símbolo y 2) del lado del significante. También cuenta con una nota “tardía” de la traducción al español, hecha por Luisa Ruiz M. y el prefacio escrito por Jean-Claude Coquet.

En la primera parte, dividida a su vez en cuatro capítulos, Arrivé recorre los conceptos *signo*, *significado*, *significante* y *símbolo* dentro de las dos ciencias sociales. Inicia con observaciones preliminares donde explica su metodología: realizó una lectura minuciosa de textos muy conocidos y otros más bien ignorados, con lo cual puede establecer no sólo una cronología que permita ver la maduración de un concepto en Saussure o en Freud, sino la comparación de una edición a otra y marcar las omisiones y/o agregados entre ellas. Me parece, además, que la disposición de Arrivé a entender y profundizar en los

* Profesora del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco

textos freudianos y lacanianos es poco usual incluso entre los mismos psicoanalistas, ya que no se conforma con leer sólo las obras “famosas”, ahondando en los *grandes conceptos* fundadores del psicoanálisis, sino que pone especial énfasis en los textos donde surge la posible relación entre el psicoanálisis y la lingüística.

A partir de una cita del caso Fraülein Ana O., en el que la paciente describe y nombra el tratamiento del psicoanálisis (en ese entonces, 1881, en pañales) como *talking cure* (cura de conversación), es que Freud adopta al lenguaje como su soporte principal. El trabajo de Freud sobre el lenguaje, que inicia con un artículo sobre las afasias (tal vez sea necesario recordar que Freud era médico), sigue un curso paralelo al desarrollo del psicoanálisis y la conformación del concepto *inconsciente*. No siempre se encuentra de modo fácil, pero lo que es cierto es que para Freud “el lenguaje está en todas partes”.

Arrivé puntualiza que Freud, a partir de una observación sobre la sílaba, plantea “de manera muy saussuriana, el principio de la linealidad del significante”. De esta manera, queda establecido que Lingüística y Psicoanálisis tienen que ver, ambas, con el lenguaje y que son dos dominios contiguos a manera de “una mampara a la vez porosa y llena de aberturas”, en la que Arrivé elige “las aberturas” para establecer sus comparaciones, tratando de identificar “sincretismos” y desechar “ambigüedades” entre los usos que ambas ciencias dan a las mismas nociones, con la esperanza de establecer posibles articulaciones entre dichos usos.

La primera observación se dirige al escaso uso que los lingüistas hacen del concepto *símbolo*, empezando por Saussure y el uso limitado de éste al análisis de las leyendas. Sin embargo, el derivado *simbolizar*, relacionado con el signo y no sólo con el símbolo, es utilizado de manera frecuente, no sólo en Saussure sino en Hjelmslev y Benveniste, que observa que en la lingüística saussuriana no se utiliza la palabra *símbolo* porque el lenguaje es en sí mismo un sistema simbólico particular. Por otro lado, el concepto *signo* es notoriamente poco utilizado entre los psicoanalistas. Freud lo utiliza en un sentido mucho más cercano al *significante* que al *signo* saussuriano; en ocasiones lo utiliza como equivalente de *símbolo*, concepto que es, en cambio, muy utilizado en la obra freudiana.

Entonces, lo aparente en este momento es que el signo *pertenece* a los lingüistas mientras el símbolo *pertenece* a los psicoanalistas. A partir de esto es que Arrivé realiza una búsqueda de ambos conceptos en las dos disciplinas.

El símbolo en lingüística: Saussure y Hjelmslev

Saussure, en el *Curso de lingüística general* (CLG) dice del símbolo: “se utiliza para designar al signo lingüístico o más exactamente al significante”, de ahí “el símbolo no es arbitrario, no está vacío”. Es por esta razón que se lo reduce al análisis de las leyendas, en las que el símbolo puede estar motivado sin contradecir la premisa principal de Saussure respecto a la arbitrariedad del signo. Benveniste, por su lado, dice que el lenguaje sirve para simbolizar y esto es representar lo real a través de un signo. Julia Kristeva, por otro lado, dice: “lo simbólico refiere al signo y se opone a lo semiótico referente de la huella”. Para Saussure el símbolo es una correspondencia analógica entre significado y significante; se opone a la arbitrariedad del signo y Saussure lo prevé: “se podría también discutir un sistema de símbolos, porque el símbolo guarda una relación racional con la cosa significada”.

Arrivé considera que el discurso saussuriano sobre el símbolo se construye “de manera autodestructiva”: cuando llega a una teoría del símbolo se detiene por las contradicciones que éste le representa respecto al signo, entre las proposiciones de Saussure de 1894 y el *Curso de lingüística general*. La contradicción no afecta, dice Arrivé, más que a la terminología, ya que el aparato conceptual se mantiene intacto.

En Hjelmslev, se establece de entrada una diferencia: el lenguaje se refiere a la semiótica mientras que lo que ahora se conoce como semiótica (en el sentido tradicional), se refiere a la metasemiótica contemporánea. Hjelmslev sigue a Saussure en el CLG pero se propone ampliarlo y construir una “ciencia más vasta, que tendría por objeto además de las lenguas naturales todo lo que podría ser descrito como lenguaje. Se plantea entonces el problema de la frontera entre lenguaje y no-lenguaje, o lo que es lo mismo, entre semiótica y no-semiótica”. Los sistemas de símbolos son sistemas de “cuasi signos”, no son semióticos. El símbolo es representación o emblema de algo. Pero Hjelmslev también considera, en su ampliación de Saussure, una equivalencia: significante = expresión y significado = contenido.

El símbolo en psicoanálisis: Freud

Principalmente se trata del símbolo en Freud, quien maneja tres tipos que Arrivé apunta de manera cronológica: el *símbolo mnémico*, del cual aparecen como sinónimos “síntoma” y “símbolo de afecto”; el *símbolo onírico*, que es símbolo en sentido estricto y por último, el *símbolo* que es término de un proceso de simbolización. Esto muestra una polisemia del símbolo en Freud.

Respecto al primero de los símbolos freudianos, “el síntoma habla porque es un elemento de un lenguaje; para oírlo hay que observar su articulación con el símbolo mnémico”. Sin huella no hay símbolo, es decir que el símbolo mnémico es la huella dejada en el cuerpo. Por último, éste símbolo es motivado. En este sentido, la simbolización es la formación de un sustituto o símbolo; este es el proceso que se da en el inconsciente. Arrivé apunta:

Cada vez que los conceptos del inconsciente son relacionados con fenómenos lingüísticos, Freud se inclina de manera irrepresible a buscar una fuente común a los dos órdenes de fenómenos. Aquí, el lenguaje y los síntomas histéricos aparecen como extraídos de la misma fuente. Además, serán los símbolos del sueño y las palabras los que estarán igualmente ligados al mismo tronco común.

El símbolo onírico es el que ostenta el nombre de símbolo por excelencia, ya que es el material fundamental de la interpretación de los sueños y a partir del cual Freud indaga mucho más del inconsciente: los elementos mudos (los silencios del analizado frente al analista) son los símbolos del sueño. Este símbolo está integrado a una cadena de asociaciones.

Para Freud, igual que para Saussure, el símbolo “tiene por carácter nunca ser completamente arbitrario”. La diferencia fundamental es que Saussure, por esta razón, lo “elimina” de su estudio mientras que Freud lo “coloca” al centro de su teoría del inconsciente.

El tercer símbolo de Freud, es el llamado “símbolo en sentido amplio” (Laplanche y Pontalis). “Toda relación que une el contenido manifiesto de un comportamiento, de un pensamiento, de una palabra, con su sentido latente, es decir: su sentido inconsciente”. Arrivé dice que este símbolo está “oculto” en los textos de Freud, invadido por los otros símbolos anteriores, pero “a pesar de todo, está oculto de manera bastante imperfecta: si bien el

empleo del nombre es aro, el adjetivo *simbólico*, sobre todo en la expresión ‘representación simbólica’. Freud relaciona “símbolo” con “sustituto” o “representación sustitutiva”. Este símbolo está relacionado con la ambivalencia y este es un punto de unión con Hjelmslev: en el análisis del caso Juanito (un niño con fobia a los caballos), el caballo es un símbolo en el que “el caballo significa al padre connotándolo a la vez como objeto de amor y de odio”. Esta connotación es la misma que la de Hjelmslev, ya que es apto para cargarse de diversos contenidos, sin excluir los contenidos opuestos.

¿El encuentro de dos símbolos?

Este capítulo está lleno de ironías y preguntas ingeniosas que Arrivé se hace a sí mismo pero también a los lingüistas y psicoanalistas. Respecto a la interrogación del título dice que “el pretendido encuentro” no se realiza en condiciones eufóricas, pero que por lo menos ha dado con un rasgo en común en los símbolos para las dos disciplinas: “tanto los lingüísticos como los psicoanalíticos son objetos de dos caras, nudos de significación, puntos de confluencia de elementos provenientes de dos planos diferentes”. Respecto a la motivación, para Freud el símbolo *siempre* es motivado, se constituye de la analogía y de las palabras (la lengua y sus discursos). Para Saussure, el símbolo será definido “de manera explícita” por el “rudimento de lazo natural entre sus dos caras” (CLG), razón por la cual el símbolo se deja de lado en los trabajos de Saussure. Arrivé muestra que lo arbitrario y lo motivado están entonces “distribuidos de manera complementaria en lingüística y psicoanálisis [...] de ahí que, en lo que respecta a lo arbitrario, exista una estrecha zona de recubrimiento entre los conceptos de las dos disciplinas”.

En cuanto a la formación del símbolo, hay una clara divergencia. Para Freud el símbolo es “un elemento de un inventario ya dado, como ocurre con el léxico de una lengua cuando se utilizan sus palabras”, es decir que no hay formación. En cambio, en Saussure y Hjelmslev el problema de la simbolización “está rigurosamente excluido”. De aquí Arrivé “salta” hasta Greimas, quien, “entre los lingüistas ha sido uno de los primeros en tomar en cuenta explícitamente los conceptos del psicoanálisis”. En Greimas se encuentra una importancia, antes obviada, de la enunciación. “En *Maupassant* [...] el

enunciado engarzado toma valor con relación al enunciado engarzante, en el cual embraga, de la misma manera en que un *∅* embraga el enunciado que inaugura sobre la instancia de su enunciación”. En este simbolismo, dice Arrivé, los objetos simbólicos sí son motivados. Se trata de una “motivación interna del discurso”. También, se muestra que estos objetos simbólicos son ambivalentes y sus diversos significados están “escalonados”. Respecto a la formación de los objetos simbólicos, “no están previamente dados sino que son producidos por un procedimiento enunciativo”. Los distingue de los elementos de la lengua y los “acerca” a los símbolos freudianos, pero aclara que “para que esta homologación sea posible, será necesario que sea igualmente posible considerar al inconsciente, a su vez, como una enunciación”. Arrivé considera que a partir del trabajo de Freud sobre las inscripciones egipcias, esta articulación es posible, aunque, aclara, esto puede no dejar contentos a los lingüistas.

Freud y sus lingüistas: Sperber, Abel, Schreber

Este capítulo está dedicado a los lingüistas retomados por Freud y a las relaciones entre ellos. Sperber cuenta con buena fama dentro de los lingüistas, no así Abel, a quien se le considera “marginal y fantasioso”. En el caso de Schreber, es tomado en cuenta en calidad de “investigador de la lengua”, como decía Freud de este personaje.

Aparentemente Freud eligió a Sperber porque compartían la idea de la sexualidad como generadora del lenguaje, es decir, como su origen. Esto queda claro en varios artículos de Sperber, algunos de ellos publicados casi de manera simultánea. Para Freud, más que la analogía es la lengua, y sus diversos discursos, la fundadora del simbolismo. El obstáculo estriba en que el simbolismo es en esencia sexual. Uno de los textos de Sperber, publicado en 1912, trata sobre la influencia y los factores sexuales en la formación y evolución del lenguaje. En este artículo, Sperber ubica a Jespersen y a Noiré como sus precursores en la idea de que “la sexualidad ha jugado un rol determinante en la formación del lenguaje”. Aquí, Arrivé anota que Sperber entiende por lenguaje “el lenguaje vocal utilizado como medio de comunicación”. A la pregunta (obvia) de cómo es que la lengua designe objetos

sin que en éstos exista una connotación sexual, Spreber introduce la que será respuesta y punto de partida para Freud: el proceso de metaforización tiene una base sexual. Esta afirmación sirve de base (piedra angular, dice Arrivé) del edificio teórico de Freud respecto al lenguaje y el simbolismo.

En este punto, Arrivé introduce a Schreber para retomar un problema planteado en el capítulo 2: Schreber y la *Grundsprache*, traducida como *lenguaje fundamental*. Freud, en *Introducción al psicoanálisis*, la presenta como el lugar común de todos los hechos simbólicos, lingüísticos o no.

Arrivé opina que esta lectura de Freud a la obra de Schreber, crea algunos conflictos, ya que otros autores, entre ellos Lacan, quien la traduce como “lengua de fondo”, difieren ampliamente. Según Manoni, la *Grundsprache* es la lengua de Dios, en ese sentido es fundamental; de acuerdo con Schreber parecida al alemán arcaico, lleno de eufemismos y aprendida por las almas durante un proceso de purificación. Esto implica que Schreber no hablaba ese lenguaje fundamental sino que hablaba de él. Con esta puntualización, Arrivé anota que entonces, la relación entre la *Grundsprache* y el lenguaje simbólico que propone Freud queda en duda, ya que ni las voces que escuchaba Schreber ni las palabras de los pájaros que hablaban, remiten al simbolismo; la respuesta a esta confusión, apunta el autor, se encuentra precisamente en los eufemismos, en los cuales se manifiesta la relación entre la *Grundsprache* y el simbolismo onírico y por lo tanto, el lenguaje originario. Es por el sesgo de la antífrasis que Freud estableció la relación entre la lengua de fondo (arcaica y llena de eufemismos) (*Grundsprache*) de Schreber y el lenguaje originario. El inconsciente está asimilado al *Grundsprache* en su capacidad de simbolizar a la vez dos sentidos opuestos, de la misma manera que la lengua originaria, como lo demuestra una nota de Freud en “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoidea*)”. Con la emergencia progresiva de la problemática de las palabras con sentidos opuestos, Schreber nos hace pasar de Sperber a Abel, donde Freud encuentra luces respecto a la emergencia de las palabras de sentidos opuestos. El trabajo de Abel sobre el egipcio antiguo (en el cual se basa Freud) después será considerado como ingenuo y pretencioso entre los lingüistas. Sin embargo da a Freud un punto del cual partir para hablar de la ambivalencia del símbolo onírico, que puede significar dos contrarios a

la vez. Destaca en el trabajo de Arrivé el rescate de textos casi perdidos de Abel, de los que destaca la preocupación primera del lingüista freudiano: el origen del lenguaje. Abel dice que en un principio las lenguas antiguas eran incomprensibles y que en ellas proliferaron homónimos y sinónimos “como un matorral”, y que con el progreso de la razón, la distinción de conceptos y la evolución de las formas sonoras resultaron en la desaparición de “millares” de sinónimos y la mayoría de los homónimos, “surgimiento progresivo de un sonido específico y una significación precisa. Esclarecimiento de la psique, y distinción correspondiente de la fonética”. Con esto, Arrivé propone que de Sperber, Freud retomó la relación de la sexualidad con el lenguaje en su origen, mientras que de Abel, retoma los ejemplos para a su vez, ejemplificar sus conceptos de símbolo, tanto en la relación motivada que tiene con el inconsciente como en su sentido amplio. Ambos autores son frecuentemente citados en la *Introducción al psicoanálisis*. En el caso de Sperber, cabe mencionar que publicó, además, una libro dedicado a la semántica, el cual fue punto de partida para estudios posteriores de otros lingüistas como Ullman y Guiraud.

En la segunda parte del libro, Arrivé se dedica casi exclusivamente a Lacan y Saussure, si bien Benveniste, Hjelmslev y Freud siguen siendo referencias, la discusión gira principalmente en torno a los dos primeros. Es a partir del significante que se tejen los dos últimos capítulos del libro, aun cuando insistentemente, especialmente en el último, se trate del metalenguaje.

El significante saussuriano y el significante lacaniano

Este capítulo es una interesante indagación sobre lo que cada uno de ellos consideró como significante. Cronológicamente, es obvio que Lacan *parte* de Saussure, pero uno de los aportes principales de Arrivé, considero, es el encontrar los pasajes que retomados por Lacan *sufren* de una reinterpretación que se antoja en momentos muy conveniente para la creación del significante lacaniano que tanto difiere del saussuriano.

Para iniciar, acota Arrivé, que Lacan habla “del lenguaje como está estructurado el inconsciente” y que no se confunde con el que es objeto de estudio de los lingüistas, de lo que se desprende que el significante lacaniano

tampoco se confunde con el significante saussuriano. Aquí surge la pregunta de Arrivé: “¿qué tienen de común?”. Al fin y al cabo lingüista, nombra el axioma de Lacan por el cual los lingüistas tanto han renegado (y del cual, de manera muy personal, considero parte toda la reflexión de Arrivé para escribir este libro) “No hay metalenguaje”. El recorrido que hace Arrivé es una especie de zigzag muy cuidadoso entre la teoría del significado de Saussure y el metalenguaje de Hjelmslev, para ir y volver sobre las reflexiones de Lacan sobre uno y otro concepto. En este punto, me parece que el descubrimiento se ve frecuentemente cuestionado por el mismo Arrivé, quien pregunta de igual manera como lingüista que lee a Lacan que como no psicoanalista que lee a los lingüistas. Es decir que de la misma manera que hurga en los textos lacanianos, lo hace en los lingüísticos: sin dar nada por sobre entendido.

Arrivé hace notar que sería a partir de Merleau-Ponty que Lacan llega a Saussure, y también que la lectura de Lacan fue minuciosa. La primera acotación temporal sobre Lacan, está en 1956 cuando “aparecen masivamente los elementos saussurianos en la reflexión de Lacan”, sin embargo los conceptos de significado y significante aparecen ya en textos de 1953. Un punto de divergencia central es que para Saussure hay una teoría del signo en la cual está integrada la teoría del significante: “si no hay ningún signo no hay ningún significante (ni significado)”. En cambio, en Lacan la teoría del signo (Arrivé dice que la hay “marginal, pero la hay”) no se articula con la teoría del significante, están separados. Aquí Arrivé se aventura a decir “en la terminología lacaniana el significante es un signo”, lo cual es impensable en Saussure. Lacan retoma también la dualidad vista en Saussure pero (ésta es una de las interpretaciones convenientes) lo transforma a *duplicidad*. Mientras que para Saussure, en la metáfora de la hoja de papel, “el pensamiento es anverso y el sonido el reverso: no se puede cortar uno sin cortar el otro”, para Lacan hay autonomía entre el significante en relación con el significado: “el significante vierte su significancia sobre el significado” y “el significante se define como actuando en primer lugar separado de su significación”. Después Arrivé se centra en la conocida inversión que Lacan hace del esquema del signo según Saussure, en la que “el significado lacaniano es siempre pensado, topológicamente, como suspendido sobre el significado”:

Significado
Significante

Ya en la inversión se pone en evidencia lo que para Lacan es importante, pero además, la S del significante será mayúscula, mientras que la del significado, será minúscula y cursiva:

$$\frac{S}{s}$$

Arrivé se abstiene (a diferencia de otros lingüistas) de considerar esta inversión como una provocación y prefiere ahondar en lo que ella implica y *descubre* la importancia oculta del trazo que separa S de *s* para Lacan este trazo es una barra, resistente a la significación, y en tanto, una *frontera*. Si bien las fronteras sirven para delimitar y se pretenden infranqueables, la finalidad de ésta es marcar lo que ocurre cuando se traspasa. Esta conclusión de Arrivé se da a partir de un pasaje sobre la psicosis y el caso Schreber, en el que Lacan habla de la metáfora lograda y la no lograda. Cuando la barrera entre significado y significante es traspasada, la metáfora se logra, es decir que la simbolización ocurre. Aquí ya es totalmente notoria la separación entre el significante saussuriano y el lacaniano. En la metáfora no lograda falta un significante, es decir que hay un hueco en la cadena. Hace falta un significante específico que en Lacan es *el Otro* y en Saussure no tiene equivalencia.

“No hay metalenguaje”. ¿Qué quiere decir?

El último capítulo está dedicado al axioma lacaniano “No hay metalenguaje” y al tratamiento que éste ha recibido de parte de distintos lingüistas. Como señalé anteriormente, me parece que es éste el punto de partida de Arrivé para la elaboración de este libro, ya que encuentra en sus colegas omisiones, fallas o lecturas erróneas de Lacan, pero sobre todo, él se decide a hacer un recorrido no sólo cronológico sino entre los distintos conceptos lacanianos para indagar el trasfondo del axioma.

La reflexión inicia con la especificación de Arrivé de desdoblar metalenguaje en *metalengua* y *metadiscurso*. Así desdoblados, los tres conceptos son puentes entre sí y sus relaciones están construidas sobre el modelo de relaciones entre *lenguaje*, *lengua* y *discurso*, sin que esto signifique que los afecten las mismas cuestiones. Posteriormente, se pregunta ¿de qué metalenguaje habla

Lacan? El trabajo de esta última parte es sorprendente por la cantidad de referencias que Arrivé pone sobre la mesa y los cruces que establece entre ellas. La respuesta que encuentra, es que ese metalenguaje está *directamente* relacionado con el lenguaje “como está estructurado el inconsciente”, y que en Lacan toma forma en el concepto “la lengua”. Es decir que no niega el metalenguaje de los lingüistas. Arrivé aclara que el uso que Lacan hace del concepto *metalenguaje* es lo que causa problemas. Respecto a la relación del metalenguaje con el significante, Arrivé dice “la diferencia que separa al lenguaje-objeto del metalenguaje es el análogo (la “reproducción”, para citar a Lacan) de la diferencia que, en la matriz del signo, separa al significado del significante”. La conclusión es que el metalenguaje negado por Lacan es el metalenguaje lógico, “aquí ya no hay lingüística”, porque la negación del metalenguaje está ligada a la represión original, es decir, inmersa en las profundidades de la teoría lacaniana.

El epílogo del libro no intenta ser la conclusión en el sentido de “reporte del trabajo”, sino una manera de cerrar *la charla* que Arrivé sostuvo con sus lectores. Digo charla por todo lo que se y les pregunta. Él mismo considera que no ha hecho sino seguir una ruta muchas veces vislumbrada desde ambas disciplinas pero nunca seguida minuciosamente. En todo caso, lo más cercano a una conclusión es la reflexión donde Arrivé propone que la fusión de las dos disciplinas ha sido un sueño que seguirá siendo un sueño. Desde mi punto de vista, Arrivé se muestra satisfecho de haber hecho el recorrido y también de mostrar que al final, el metalenguaje de los lingüistas se mantiene intacto y lejos de aquel que desde el psicoanálisis ha sido negado. Por último, recuerda que esta obra, llamada *Lingüística y psicoanálisis* está hecha a partir de los metadiscursos de las dos disciplinas.

Como nota adicional, creo pertinente mencionar la frase que ilustra la portada de esta edición: “saber escuchar y poder hablar es la única posibilidad de cura. Todo lo demás es dañino”. Resulta inquietante saber, además, que esta frase fue escrita a modo de grafitti en una pared del Neuropsiquiátrico de Córdoba, Argentina, por Silvia Ruiz Moreno, traductora del libro. Inquietante porque esta relación entre la lingüística y la psicología toma aquí una representación gráfica y es, por lo mismo, un símbolo de lo que desde el psicoanálisis se mantiene inamovible respecto a la lingüística: la fundamental existencia del lenguaje y su relación con todo proceso de cura.